

FRANCISCO RIVAS

1212  
*Las Navas*

la esfera  de los libros

PARTE PRIMERA

EL FUEGO

**E**l sol arrasaba el páramo de Castilla convirtiéndolo en un mar de luz y sangre. Mientras moría, sus rayos araban la tierra como si quisieran dejar en ella una marca indeleble antes de desaparecer en las tinieblas, cual si fueran el último y glorioso estertor del héroe que por fin sucumbe. Algunas nubes, escasas, rompían la perfecta uniformidad del firmamento y recogían los destellos del astro, un coro que lloraba su caída y buscaba empaparse de lo que de él quedaba, de su esencia, de su alma.

Por tan elegíaco paisaje cabalgaban unas sombras blancas en dirección a las tinieblas que se arremolinaban hacia el norte. Eran unos sesenta o setenta caballeros, no más. Los restos de la orgullosa Orden de Calatrava, la primera en toda España en tomar las armas para defender su reino contra el Islam, pero incapaz ahora de defender su propia casa. Salvatierra, la fortaleza por la que habían combatido todo el verano, quedaba a sus espaldas, cada vez más lejana a medida que huían hacia el castillo de Zorita. El

emblema de la santa cruz había sido sustituido en sus torreones por la media luna.

Era uno de los primeros días de septiembre. Cincuenta y un días antes, a comienzos de julio, los frailes que defendían Salvatierra habían visto cómo un inmenso ejército almohade caía sobre ellos. Tomando una decisión tan valiente como suicida, cuatrocientos de estos guerreros salieron de la fortaleza y cargaron contra el enemigo, cargaron contra su perdición. Ninguno sobrevivió, pues por cada calatravo había cien musulmanes, y los aullidos de rabia y dolor que brotaban de las gargantas de los cristianos al caer derrotados no eran sino agorero presagio de lo que estaba por venir.

El resto de la guarnición se preparó para resistir y encomendó su alma y su fuerza al Señor de los Ejércitos. Absolutamente rodeados y sin esperar auxilio alguno del exterior, pues la frontera castellana se hallaba a varias leguas al norte, los frailes no pudieron más que observar llenos de impotencia cómo el castillo de Dueñas, hermano de Salvatierra, caía; no lograron impedir que parte del ejército que les cercaba se separara y saqueara impunemente los campos toledanos ni que el pueblo situado al amparo de la fortaleza fuera arrasado, y sobre sus humeantes restos emplazaran los musulmanes las catapultas que ellos conocían como almajaneques hasta en número de cuarenta, temibles armas con las que hostigaron incesantemente los muros del castillo intentando abrir una brecha por la que penetraran los sitiadores.

Estos lanzaron ataque tras ataque, firmemente determinados a acabar de una vez con la orden que tanto les había ultrajado en la última década. Muchos monjes mu-

rieron, pero fueron más los atacantes que dejaron su vida en las murallas, ya que los defensores combatieron con un fervor solo igualado por su desesperación. Todos ellos preferían morir diez mil veces y sufrir los tormentos del infierno antes que permitir que Salvatierra, la daga clavada en el centro del imperio almohade, por la que, según los propios mahometanos, «sufría el corazón de la fe musulmana», la única llama de esperanza para el Cristianismo en España tras la matanza de Alarcos, se perdiera. A medida que pasaban los días, más aumentaba la ira de los almohades por ver lo difícil que les estaba resultando tomar la fortificación, y con más fuerza eran rechazados en sus furiosas acometidas.

Mas si las armas cristianas podían sostener, aunque a duras penas, las embestidas del ejército musulmán, nada podían hacer contra la sed. La escasez de agua, irónica tras una primavera excepcionalmente lluviosa, y unida al calor del verano manchego, causaba tantas bajas como los soldados del ejército islámico, y condenaba a los defensores a una lenta e inevitable derrota.

Por esto, viendo los almohades que no podían tomar Salvatierra sin que la sangre corriera a raudales, y sabiendo los calatravos que no podrían derrotar a sus enemigos, se pactó la capitulación. El castillo fue ocupado por los musulmanes, quienes no tardaron en quitar todas las cruces que había en él, y convirtieron la capilla en mezquita. Cántricos de alabanza a Alá fueron entonados por todos los combatientes musulmanes al ver que su fe era recompensada con la victoria; amargas lágrimas corrieron por los ensangrentados rostros calatravos, más dañinas que el acero enemigo o la sed.

Por eso cabalgaban hacia el norte, por eso cabalgaban hacia las tinieblas. El maestre de la orden, don Ruy Díaz de Yanguas, se volvió un instante a mirar Salvatierra, recortada sobre un cielo rojo y dorado. Lo mismo hizo Alfonso Giménez, uno de sus caballeros, uno de los pocos que habían tenido la desgracia de sobrevivir a su propia derrota. La imagen quedó grabada a fuego en su retina, y después apartó la vista para siempre.

Uno de los musulmanes observó con interés la retirada de los caballeros cristianos, parecidos a fuegos fatuos por el reflejo del sol poniente sobre sus blancos hábitos, hasta que se los tragó la oscuridad y desaparecieron de su campo visual. Entonces se sentó sobre los restos de la muralla y comenzó a meditar sobre lo ocurrido, ejercicio que solía repetir tras cada combate librado, y habían sido muchos a lo largo de su vida.

Se llamaba Ibn Wazir. Era un noble, gobernador de una ciudad portuguesa y heredero de un distinguido linaje andalusí, condición que se reflejaba en su porte, orgulloso, pero no por ello arrogante, el propio de un hombre que está acostumbrado a mandar porque antes ha obedecido; sus ojos oscuros destilaban poder y sabiduría, en ellos también se vislumbraba a veces un destello de cólera, y en su ropa, que a pesar de ser funcional, apropiada para la batalla, estaba ornamentada con tejidos de seda y joyas, al igual que su arma, una espada con grabados sobre el propio acero damasquino donde se leían suras del Corán. Su rostro era de piel morena, duro, de labios finos enmarca-

dos en una cuidada perilla negra que enlazaba con el bigote. Todo ello en su conjunto transmitía una imagen aristocrática, poderosa, la de un hombre sabio y equilibrado pero de implacable furia cuando era necesaria.

Empezó a repasar mentalmente lo sucedido durante los últimos dos meses. Le había impactado especialmente la salida que los cuatrocientos cristianos habían hecho contra un ejército de decenas de miles de hombres. Quizá hubiera sido un error de cálculo, pero esto era difícil de creer en tropas tan experimentadas como los calatravos. No, lo que querían demostrar, pensó, era que estaban dispuestos a luchar y a morir contra cualquiera, por superior que fuera. Y esta conducta había sido idéntica en los caballeros que habían permanecido en la fortaleza. Era cierto que Salvatierra representaba el gran bastión de la Cristiandad en territorio islámico y la principal razón de la existencia de la Orden de Calatrava (que de hecho había adquirido el nombre de Orden de Salvatierra tras la caída de Calatrava) después de la batalla de Alarcos, en la que muchísimos calatravos habían muerto. La forma en que la habían conquistado, infiltrándose de noche con solo mil cien hombres y pasando la guarnición a cuchillo, había sido un golpe de mano épico que aportó un poco de luz a la oscuridad en que estaba sumida la Cristiandad española. Por eso era tan importante que volviera a manos musulmanas, y por eso la victoria que acababan de conseguir era de suma trascendencia.

A pesar de toda la algarabía y euforia a su alrededor, Ibn Wazir permanecía serio. Los calatravos habían luchado con fiereza y se habían retirado con lágrimas en los ojos, lágrimas que eran fuego en sus corazones. España estaba

entre la espada y la pared tras la caída de Salvatierra, sin lugar al que huir, y por tanto la resistencia sería mucho mayor. Las consecuencias del asedio no tardarían en sentirse en toda la Península e incluso a lo largo y ancho de Europa, y los hijos de Alá debían prepararse para la reacción que se gestaría en el norte. No iba a ser fácil convivir con la victoria.

Ibn Wazir se levantó de la roca y se marchó.

Del sol ya no quedaba más que una delgada línea rojiza que incendiaba las cumbres en la lejanía. Alfonso, rey de Castilla, observó la melancólica puesta de sol, en perfecta concordancia con lo que sentía su alma, hasta que finalmente desapareció el astro y fue reemplazado por el silencio de las estrellas.

El rey se apartó de la ventana y se sentó en un sillón, junto a una lumbre. Sus llamas iluminaban esporádicamente el cuerpo envejecido del monarca otorgando un trágico fulgor a su mirada, obnubilada en las escenas de Alarcos que, tras la caída de Salvatierra, resurgían en su memoria. En realidad, nunca había llegado a olvidar el dolor que le producía la derrota, ni tan siquiera mitigarlo. No podía perdonarse la estúpida arrogancia que había presentado aquel fatídico día, el haberse lanzado al combate contra un ejército almohade claramente superior sin haber esperado a las tropas leonesas que debían ayudarle. La labor de varios siglos de incesante lucha contra el Islam había estado a punto de perecer bajo las espadas de los africanos, quienes a partir de ese día habían invertido la tendencia de poderío



cristiano y decadencia musulmana. Una frágil tregua había mantenido la paz durante quince años, pero no era más que una paz aparente bajo cuyo manto se forjaban de nuevo espadas y lanzas. La respuesta que Al-Nasir, el líder de los almohades, había dado a las incursiones cristianas en Jaén demostraba que no se iba a conformar con una guerra fronteriza.

Mientras el rey rumiaba su derrota, uno de sus consejeros le observaba a una distancia prudencial, la suficiente como para que su presencia pasara inadvertida. Su nombre era Rodrigo de Aranda. A pesar de tener una edad ya avanzada, rondando los cincuenta años, seguía manteniendo la fuerza de que hacía gala en su juventud, aunque más perceptible en el espíritu que en el cuerpo. Su cabellera canosa y su nívea barba reforzaban la imagen de bondad que transmitía su mirada azul, sin restar un ápice de intensidad a su determinación y fortaleza, cualidades que le habían valido el favor de Alfonso y le permitían estar aquella noche junto a él, participando en su tragedia.

La puerta del salón en que estaban se abrió y el infante don Fernando, primogénito del monarca, entró en la sala. Su aparición fue como un repentino destello en mitad de la oscuridad, y las llamas de la chimenea, aunque trémulas, parecieron avivarse, pues el infante encarnaba a sus veintiún años el ideal cruzado que resurgía con fuerza en Europa. Hijo de inglesa, era alto y de porte noble. Su cabello rojo aumentaba el fervor juvenil que vibraba en sus ojos.

—¿Qué noticias hay de Salvatierra, padre?

Alfonso VIII suspiró hastiado y respondió en susurros:

—Hoy debían abandonarla los frailes.

Tenía tal información porque él había otorgado permiso a la Orden de Calatrava para que se rindiera. Ante la respuesta, el infante contrajo su rostro en una mueca de dolor y dijo:

—Deberíamos haberles ayudado, padre. Si me hubierais dejado marchar al frente de un ejército, yo...

El rey le silenció con un gesto. Tras meditar sus palabras, dijo:

—Vos solo erais un niño cuando ocurrió la debacle de Alarcos. Todo lo que habíamos logrado durante siglos estuvo a punto de desaparecer por causa de mi imprudencia. Un segundo error sería definitivo. Golpearemos, pero en el momento oportuno. —Volvió a guardar silencio y después preguntó a Rodrigo—: ¿Qué sugerís ahora, don Rodrigo?

El consejero esperaba que le hicieran esa pregunta tarde o temprano, por lo que no tardó en responder:

—La caída de Salvatierra causará alarma en toda España. Me atrevería a afirmar que incluso en Europa se escuchará el eco de la derrota, y tras perder Jerusalén, el Santo Padre aprobará cualquier iniciativa contra el Islam. Hay que proponer a todos los reinos que se unan a nosotros en una guerra total, y eso solamente lo podemos hacer con el apoyo del Sumo Pontífice. Hay que revitalizar las cruzadas y que nuestra ofensiva sea la cruzada europea.

El rojizo resplandor del fuego se convirtió en dramático heraldo del derramamiento de sangre, bañando los rostros de los presentes en la sala. La caída de Salvatierra no era nada comparado con lo que tendría que suceder.